

# La actitud cristiana

## *interficite errores; homines diligite*

Por Orlando Márquez

Con frecuencia, pudiera decirse casi a diario, el cristiano es puesto a pruebas, de diferentes modos, y debe someter al juicio de Dios, del resto de los mortales y del suyo propio, su temple como hombre de fe, su valía como hijo de Dios y su condición como miembro de una Iglesia que no inventó hombre alguno, y en la cual él -y ella- cuentan mucho. Desde hace años oigo que "no es fácil ser cristiano", y esta expresión se cumple tanto para Cuba como para Macao, porque Jesucristo hay uno sólo y su Mensaje es el mismo para todos.

Durante el diálogo con Pilato, Jesús dijo, entre otras cosas que, precisamente, había venido "para dar testimonio de la verdad"... "Y ¿qué es la verdad?", preguntó el gobernante, representado en este caso por el romano Pilato...No hubo respuesta, Pilato se quedó sin saber. Pero los cristianos sabemos que la Verdad es el Amor que Dios quiso enseñar a los hombres a través de Jesús, de Su muerte y Su resurrección. Esta Verdad, este Amor, propuestos al hombre de entonces, transformaron la sociedad, y es la misma propuesta que Jesús nos sigue haciendo.

El desafío cristiano tiene muchas variantes, y con frecuencia podemos limitarlo al rechazo a la infidelidad conyugal o a tomar lo que no nos pertenece, o al aborto, o al consumismo -en las sociedades donde es posible consumir mucho- o a la aspiración excesiva de tener -en sociedades como la nuestra, donde no se puede tener mucho. Pero cuando se trata de "perdonar al enemigo"... entonces parece que se hace más difícil ser cristiano, sobre todo si el enemigo, reflexionamos, nos ha herido y nos ha considerado, a su vez, como enemigos suyos.

En los últimos tiempos, un gran número de personas, tanto niños como jóvenes, también adultos, se han acercado a la Iglesia católica (y a otras). Los niños comienzan su vida ahora, pero los jóvenes y adultos son personas que vienen con una forma de pensar, recibida de la sociedad, que es muy diferente a la que proviene de una formación religiosa. Esa forma de pensar se estableció sobre la base de una filosofía atea y ateizante, que niega toda trascendencia espiritual y cifra las esperanzas y sueños en las realidades de este mundo, más concretamente en un proyecto social que, por diferentes causas, no se realiza plenamente, dejando en no pocos miembros de la sociedad un grado de insatisfacción espiritual frustrante y una lamentable falta de esperanza en el futuro. Nadie mejor que un sacerdote católico para escuchar en confesión la realidad existencial que estas personas enfrentan: "Padre, estoy vacío...Padre, yo traicioné a la Iglesia...Padre, yo no debí haberme alejado de la Iglesia...Padre..." Y sentimientos como estos, no solamente limitados a los oídos sacerdotales, lo han expresado tanto desempleados como amas de casa, estudiantes y científicos, maestros o militares en retiro.

Las comunidades cristianas deben abrir sus puertas a todo hombre y mujer que, en la Cuba de hoy, ha querido regresar al encuentro de Jesús, a todo el que llega, debemos suponer, arrepentido de una vida alejada de Dios. No menos atractivo para estos recién llegados puede ser el hecho, real, no premeditado ni intencionado, de un crédito creciente del cual goza la Iglesia cubana como institución en la sociedad actual. El hombre cubano ha aumentado su confianza en esta Iglesia. Más allá de una supuesta interpretación que la pondría en un plano de enfrentamiento, lo cual es errado, el cubano de hoy comprende cada vez

mejor que el fortalecimiento de la Iglesia proviene de su esencia espiritual y trascendente, de una actitud desprovista de limitaciones mundanas, lo cual la ubica en un plano diferente, pero no ajeno a la realidad social cubana, marcada en ocasiones por fuertes contrastes, desilusiones y falta de unidad entre los hijos de esta tierra.

Quizás por todo esto, la visita del Presidente cubano Fidel Castro al Papa Juan Pablo II, y las declaraciones hechas por ambas partes en el sentido de buscar elementos que acerquen y promuevan un diálogo fructífero para la Iglesia y para la Nación, así como los encuentros que han tenido y tienen lugar entre representantes de la Iglesia y el Gobierno cubanos, han provocado una serie de suspicacias y escepticismos en algunos miembros de la Iglesia (y también en otros ciudadanos), que invitan a reflexionar y deben ser tenidos en consideración.

Cierto que la Iglesia ha tenido grandes dificultades en sus acción pastoral; algunas dificultades han desaparecido, otras perviven en menor grado, y no pocas permanecen como el primer día. Ha habido momentos de enfrentamiento y las posibilidades de acción pastoral y social de la Iglesia quedaron muy limitadas. Esto ha generado unas relaciones Iglesia-Estado mantenidas por mucho tiempo en el plano de lo difícil, en ocasiones tensas, frías o formales y que, ahora parecen dirigirse hacia un plano de mayor comprensión y mejoramiento en el cual, es de suponer, las dificultades en la acción pastoral y social de la Iglesia disminuyan al punto de que sólo pervivan las naturales.

No ha habido nada nuevo y nada viejo. Nuestra historia eclesial ha sido tan dramática como otras y menos dramática que otras. Los hombres se alzan o se arrastran, se yerguen o inclinan la frente ante otros hombres. Unos levantan lo que otros han destruido, y tal vez otros destruyan lo que éstos han levantado; unos perdonan y otros no. Las ideologías se suceden y todas se cuestionan; sólo Jesucristo-Dios-Hombre permanece invariable, y Su mensaje es el mismo: "Ama". El fundamento de nuestra Fe no es de invención humana ni fruto de la reflexión filosófica de los sabios de este mundo: *¿Creemos esto?*

Desde el Antiguo Testamento oímos también, además del "ojo por ojo", del perdón al enemigo, del perdón al que nos debe e incluso de no devolver mal por mal. Cristo reafirmó todo aquello y trajo otra nueva propuesta: "Ama a tus enemigos". Es esta la fuerza que puede mover a los hombres, la verdad que Pilato no conoció y a nosotros se nos ha revelado: a esta propuesta le decimos sí con nuestra presencia en el templo, cuando recibimos la comunión, cuando nos damos la paz; cuando oramos por el Papa, los obispos, los enfermos y los gobernantes; es lo que queremos que aprendan nuestros hijos cuando los enviamos al catecismo, es lo que transmiten las religiosas que cuidan al anciano o lo que motiva la presencia de un sacerdote en el lecho de muerte de un hombre o una mujer que, hasta hace poco tiempo, se había declarado ateo. El mensaje de Jesús, nacido de mujer hebrea, no es ya el del "ojo por ojo", sino el del perdón y el amor al enemigo, que no ha dejado de ser mi hermano por pensar diferente o por haberme causado dolor; a quien, por demás, no debemos sólo reprocharle por el error cometido, sino también comprenderle y acompañarle como ser humano. Eso significa un cambio de actitud, una violencia contra ese natural sentimiento

del ofendido, que realmente cuesta. Pero no debemos olvidar que el error puede estar también en nosotros. Los cristianos debemos rechazar el mal en todas sus manifestaciones, pero no debemos rechazar al hombre que comete el mal. "Combatir los errores y amar a los hombres" es lo que nos sugieren las palabras latinas que encabezan este trabajo, se las debemos a san Agustín, Doctor de la Iglesia. De lo contrario estaríamos confundiendo, como los ideólogos, la esencia con el accidente, y eso no es pensar en clave cristiana. La persona humana es la esencia, si después decide ser músico, sacerdote, militar, comunista o liberal, eso es lo secundario, el accidente.

No es relativismo social o histórico; no se trata de cerrar un ojo al pasado y mantener ingenuamente el otro abierto al futuro. No es hipocresía macabra: es actitud cristiana. ¡No es fácil ser cristiano! Y mientras escribo estas líneas no olvido a los expulsados, no olvido a los que fueron detenidos, no olvido las veces que fuimos discriminados...esa fue y sigue siendo nuestra opción, y esa opción implica el perdón... pero ¡qué placer intentar ser cristiano! Quien haya sufrido en su vida el dolor desgarrador que otro le inflige, no se enmendará por ver al otro aplastado bajo sus pies. "El juicio es Mío" dice Dios, y todo aquel que se declare cristiano no debe olvidar esta sentencia. El "No matarás" es tan cierto como el "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

No hablo de "ingenuidad cristiana", pues un cristiano ingenuo no es precisamente un buen cristiano. Pero "...no se puede permanecer prisionero del pasado: es necesaria, para cada uno y para los pueblos, una especie de 'purificación de la memoria', a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más. No se trata de olvidar todo lo que ha sucedido, sino de releerlo con sentimientos nuevos, aprendiendo, precisamente de las experiencias sufridas, que sólo el amor construye, mientras que el odio produce destrucción y rui-

na. La novedad liberadora del perdón debe sustituir a la insistencia inquietante de la venganza". Son palabras del Papa Juan Pablo II en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año que acabamos de comenzar. Con pensamientos como éste, Juan Pablo II recibe a todos sus visitantes, sean religiosos, científicos, deportistas o jefes de estado, a quienes da una acogida cristiana. Con sentimientos como éste, visitará nuestro país dentro de once meses. Con sentimientos como éste, que cobren vida, debemos recibirlo.

Los cristianos tenemos el deber de hacer cuanto esté a nuestro alcance para luchar contra lo injusto que nos rodea y sembrar el amor, pero la lucha, de palabra o de acción no violenta, debe estar alimentada en el Amor que nos ha sido dado. Oremos, y ofrezcamos nuestra oración por las pruebas sufridas y el dolor que haya ocupado parte de nuestras vidas, y dejemos un espacio también para dar gracias por las cosas buenas que nos han acompañado.

A las puertas del Tercer Milenio de la Era Cristiana, y tras casi cien años de independencia de España, período en el cual el enfrentamiento y la división no nos han faltado, nuestros sentimientos cristianos demandan algo más que la lucha fratricida o la confrontación violenta, intolerante y satanizante del otro. Si amamos a nuestros amigos y aborrecemos a quienes no lo son, ¿que nos diferenciará de los hipócritas fariseos? Actuemos dando lo mejor de nosotros, confiando en Dios, en nuestra Iglesia, en nuestros obispos y en la bondad que puede haber en todo ser humano; y demostremos esa confianza en la preparación jubilosa de la visita del Papa Juan Pablo II. No olvidemos que esta Iglesia de la cual formamos parte se ha preservado en la unidad de sus fieles, en la comunión con la Sede de Pedro y en la Fe absoluta en Jesucristo, fuente del Amor que todo lo cree, todo lo soporta y todo lo espera. Ω